

DON DANIEL DE CORTÁZAR

Don Daniel de Cortázar, cuya muerte hoy lamentamos, fué ejemplo del acierto que preside a muchas de las elecciones académicas que el público no puede comprender. Cortázar, para la generalidad de las gentes estaba muy en su lugar dentro de la Academia de Ciencias. No sólo la podía representar en el Senado, como lo hacía, sino en cualquier parte; pero ¿por qué entró en la Academia Española? Pues Cortázar, aunque no escribía de Literatura ni de Filología, era uno de los más útiles entre nosotros, porque además de distinguirse en su profesión científica, era un valioso aficionado en varias materias y era especialmente entendido en algunos aspectos de la lingüística.

Por esta variedad de sus aficiones y por la orientación principal de su vida, Cortázar era discípulo y secuaz de don Eduardo Saavedra, a quien todos recordamos, eminente como ingeniero, como historiador, como arabista, como lexicógrafo; inestimable en su vivo interés por los trabajos corporativos; admirable en aquella su actividad, que vencía animosa las duras adversidades de la vejez y de la ceguera. Todas las cualidades del maestro hallaban un eco en el espíritu de don Daniel de Cortázar; por eso éste siguió los pasos de Saavedra hasta llegar a la Academia.

Como Ingeniero de Minas muy entregado a su pro-

fesión, Cortázar andaba lo más lejos que puede ser de Letras y Gramática. Funcionar como ingeniero jefe en varias provincias, dirigir las minas de Almadén y de Linares, trabajar en el mapa geológico de la nación, representar a España en Congresos de Electricidad y Geología o en Exposiciones extranjeras, llevaban toda la producción escrita de don Daniel Cortázar a terrenos muy alejados de nuestra Academia. Nada tienen que ver con ella los siete tomos de *Memorias de la Comisión del Mapa Geológico*, las *Memorias de la Exposición Universal de Filadelfia en 1876 y de París en 1878*, la *Descripción geológica y agrológica de la provincia de Toledo*, de las de *Ciudad-Real*, *Cuenca*, *Valladolid*, *Valencia*, *Teruel* y lo mismo otras por el estilo.

Pero la profesión no absorbió toda la vida de Cortázar. Sus estudios fueron muy variados. Además de ser Ingeniero de Minas siguió la carrera de Ingeniero de Montes, y, lo que es más notable, también la de Derecho. Todavía cuando yo era estudiante de Filosofía y Letras conocí a Cortázar como extraño condiscípulo, que me doblaba cumplidamente la edad, sentado en aquellos bancos de pintado pino del caserón del Noviciado; aprendía entonces en clase de Codera el árabe, por sugestión de Saavedra. Era así Cortázar un perpetuo, un modesto estudiante, a quien caracterizaba su curiosidad, seducida por multitud de atractivos.

Las cuestiones léxicas le preocuparon mucho. También le guiaba hacia ellas el mismo Saavedra, con quien colaboró en el tomo V del *Diccionario de Arquitectura e Ingeniería*. Y en el terreno léxico el ejercicio de la ingeniería le proporcionaba un doble campo de trabajo.

Cortázar se podía alabar de haber recorrido unos cien mil kilómetros a través de las más diversas provincias de España, y no tanto en diligencia o ferrocarril como a caballo y aun a pie; estas correrías le ponían en comunicación casi constante con capataces, braceros, campesinos y pastores, gente en cuyos labios sorprendía el modismo de inesperada eficacia, el vocablo de heredi-



DON DANIEL DE CORTÁZAR

taria propiedad. Por otro lado, atento a la nomenclatura de sus estudios profesionales, recogía otra corriente lingüística muy diversa: la de los escritores científicos. Y así, llevado de su nativa curiosidad, allegaba materiales léxicos abundantes, lo mismo de la tradición popular que de la neológica lengua de los doctos. Siempre dentro de su profesión, se veía poseedor de una mena filológica y la sometía al garbillo de léxicos y al crisol de los buenos escritores, para apartar de los minerales la ganga, y obtener el buen metal de la expresión correcta. Porque siempre preocupaba a Cortázar tanto como el acopio, y más aún, la depuración del material reunido; y para ello tenía aptitudes particulares que le daban su gusto, educado en la lectura de antiguos escritores, y sus hábitos de naturalista y matemático, que le llevaban a buscar en los trabajos léxicos la precisión cuasi científica, con lo cual lograba certeros puntos de vista al formular definiciones.

Inducido por su afición y sus facultades, emprendió un estudio analítico de la edición duodécima de nuestro *Diccionario*, la publicada en 1884, y trabajó sobre ella multitud de observaciones, retoques y suplementos. Pero no acudió con sus juicios al público, como otros hicieron entonces, para censurar la obra académica con ruidosa jactancia, sino que se ocupó en formular sus enmiendas brevemente, razonándolas con rápida exposición de motivos, apoyándolas con la cita de los libros donde se podía hallar justificación de lo propuesto, y decidió ir las remitiendo, escritas en pequeñas cédulas, a la Academia, para ella sola, a fin de que las utilizase como creyese bien en la silenciosa, compleja e ingente labor del *Diccionario*.

La Academia nombró a Cortázar su correspondiente en Toledo, el año 1890, y él continuó con más actividad su trabajo, llegando a enviar a la corporación más de 14.000 cédulas de enmiendas, supresiones o aumentos, que fueron aprovechadas para la décimatercia edición de nuestro léxico. El fué el más activo de todos

los buenos colaboradores que esa nueva edición tuvo entre sus académicos correspondientes. Se pudo observar entonces cuánto la modesta intención guía al acierto: varios de esos abnegados colaboradores de fuera de la casa, hasta cuatro y cinco a veces, coincidían enviando correcciones redactadas en idéntico sentido, mientras rara vez convenían con las destempladas críticas que de la edición duodécima se habían publicado, buscando más el lucimiento del crítico que la corrección de la materia.

La mayoría de las cédulas de Cortázar eran para precisar o corregir el texto de las definiciones académicas; sólo centenar y medio contenían voces nuevas, y esto era sólo para completar algún grupo de vocablos incluido ya en ediciones anteriores, o para introducir ciertas voces muy usuales y muy correctamente formadas. Cortázar profesaba la doctrina restricta acerca del neologismo, buscando la exactitud y el abolengo antes que la novedad.

Agradecida la Academia a su diligente colaborador, lo eligió académico de número en 1897, para substituir a Cánovas. Estimaba la Academia además en el electo el estilo científico de las obras que arriba dejamos enumeradas; estilo claro, sobrio y siempre preocupado de la precisión a la vez que de la tradición del vocablo. Cánovas era uno de los que más apreciaban todas las dotes y servicios de Cortázar y de los que recomendaban su candidatura; así que cuando ocurrió la trágica muerte del ilustre hombre público, el recuerdo de los deseos de éste valió a don Daniel como una institución de heredero para la vacante académica.

Cortázar ingresó en nuestra corporación el año 1899, cuando estaba acabándose de imprimir esa décimotercia edición del *Diccionario*, en cuya elaboración tanta parte había tomado. Después trabajó muy activamente en las ediciones catorce y quince, como individuo de la Comisión especial encargada de prepararlas. En esa Comisión podíamos bien apreciar el gran conocimiento que

Cortázar tenía del vocabulario técnico, no sólo del de las matemáticas, ciencias naturales o ingeniería, sino de otras especialidades; cuando en el estudio de una voz faltaba información relativa a alguna profesión, arte u oficio, en la memoria de don Daniel la hallábamos, o si no, él recordaba antes que nadie el vocabulario que se debía consultar, y cuando éste era raro, él lo traía de su casa, pues su biblioteca era selectamente copiosa en punto a léxicos.

No hay para qué hablar ahora de otros puntos de la vida académica de don Daniel de Cortázar. Recordemos sólo su discurso de entrada (1899) sobre el neologismo técnico y sus discursos de contestación a Navarro Reverter (1914), a Novo y Colson (1915), a don Javier Ugarte (1918), a Gutiérrez Gamero (1920), algunos de los cuales es muestra excelente de cuán bien podía manejar la prosa al estilo del siglo XVII. Recordemos también cómo su afición a nuestras tareas era inagotable. Él era el segundo de nosotros en el escalafón de asiduidad, y aunque por eso nuestro reglamento le eximía ya de la asistencia, venía, sin embargo, con toda la puntualidad que su delicada salud le permitía, y trabajaba en las comisiones y discutía en las sesiones lo mismo que en sus mejores años.

La fisonomía académica de Cortázar es en conjunto muy semejante a la de otro compañero que hace poco perdimos: Saralegui. Ambos, partiendo de su campo profesional, alejado de las Letras, colaboraron primero en la reforma de la parte técnica de la duodécima edición de nuestro *Diccionario*, y más tarde extendieron su atención a todos los demás aspectos del léxico; los dos fueron hechos correspondientes de la corporación y siguieron ayudándola a preparar la edición décimotercera; uno y otro, después de ingresar como individuos de número, perseveraron largamente en su trabajo inicial durante la preparación de dos ediciones más del léxico oficial, siempre de modo muy análogo, aunque Saralegui fuese más inclinado a juzgar las cues-

tiones léxicas con criterios literarios y subjetivos, y Cortázar se mostrase más científico y racionador. Ambos se asemejaban hasta en su carácter polémico, con la sola diferencia de que Saralegui ponía acalorado empeño donde Cortázar usaba su extraña mezcla de interés batallador y de indiferencia humorística.

Muy sensible es para nosotros la muerte de quien, con Saralegui, representaba aquí, ante todo, el tecnicismo léxico que la escuela de Saavedra y de Echegaray había renovado en nuestro secular *Diccionario*. Desde entonces, las ciencias han cambiado muy profundamente sus concepciones, sus teorías, su nomenclatura; y aunque la Academia, por fortuna, tiene en su seno individuos que marchan activamente con los últimos adelantos especulativos, no podemos despedir a esos dos viejos compañeros, cuya muerte nos apena con intervalo tan próximo, sin el vivo deseo de que el sentimiento de soledad que en nosotros han dejado nos inspire para hallarles los sucesores apropiados que representen en la futura edición décimosexta del léxico lo que aquéllos representaron en la décimotercera.

El luto, que parece quiere hacerse continuo en esta casa, nos empuja demasiado precipitadamente a la renovación. No nos queda sino procurar que sea renovación fecunda y de vida.

R. MENÉNDEZ PIDAL.

17 febrero 1927.